

El futuro incierto de los últimos cristianos de Siria

FRANCISCO CARRIÓN. Damasco

EL MUNDO 20 abril 2018



Ignacio Aphrem II, patriarca de la Iglesia Ortodoxa Siria. Francisco Carrión

En las callejuelas del céntrico barrio damasceno de Bab Tuma, la resaca de la reciente Semana Santa se mezcla con las últimas noticias de la guerra. "Esperamos que todo acabe muy pronto. Siria volverá a ser un lugar de paz, ese país en el que musulmanes y cristianos han vivido juntos durante siglos", indica a EL MUNDO Ignacio Aphrem II, patriarca de la **Iglesia Ortodoxa Siria**, una de las ramas que profesa la minoría cristiana del país, alrededor del 10% de los 22 millones de sirios. "Los últimos siete años fueron muy difíciles. Calculamos que **más del 40% de los cristianos abandonaron Siria**. Unas 800.000 personas que se han marchado a Canadá, Australia o a países europeos como Alemania o Suiza", admite el religioso.

Un éxodo que ha afectado a la constelación de iglesias presentes en Siria, desde la Iglesia Ortodoxa Griega -la más numerosa con alrededor de 500.000 feligreses- hasta la Maronita, con alrededor de 50.000 seguidores. "Mis tíos emigraron a Canadá y algunos amigos de la parroquia se marcharon a Suiza y Australia", comenta Fadia Farah, una católica de 26 años que enseña el catecismo en el convento de San Francisco de Asís, en la calle más popular del animado distrito cristiano de Bab Tuma. "**Durante los últimos años nos dedicamos a sobrevivir**. Hubo días muy tristes. Puede que la guerra esté acabando pero nadie sabe si volverá a estallar otro conflicto dentro de diez años", balbucea la joven, convencida de permanecer en su patria, un crisol de musulmanes, alauíes, cristianos y otros credos. "No quiero que todo lo que ha pasado me expulse de mi país", susurra.

En los alrededores de Bab Tuma, a un tiro de piedra de la recién reconquistada Guta Oriental, la contienda ha dejado huellas atroces. Christine Hurani, de 17 años, lleva semanas postrada en una cama tras perder una pierna en un ataque de mortero. "Estamos pensando en emigrar. Christine necesita empezar una nueva vida lejos de aquí y recibir apoyo psicológico", relata su madre Basma Huri, preocupada por la salud de la adolescente. La familia, acogida en la vivienda de un pariente, batalla para lograr visado y emprender el viaje. Una desesperada búsqueda de apoyos hasta ahora infructuosa. "El presidente Bashar Asad y su esposa Asma vinieron a visitarnos y nos explicaron que con las circunstancias actuales no podían ayudarnos a lograr un visado para mudarnos a Europa", agrega la progenitora.

El miedo a los proyectiles vació durante años las misas del barrio capitalino. La caída de Duma, el último bastión rebelde en Guta Oriental, ha reconciliado a sus vecinos con la liturgia. "Nuestra vida está aquí", confirma una joven de 26 años que rehúsa proporcionar su nombre. Hace un mes fue su hogar el que resultó alcanzado por un proyectil. "Cayó sobre el tejado y durante algunos minutos gritamos de pánico. Hubo desperfectos, pero ningún herido", evoca.

Entre la jerarquía cristiana, **la defensa de Asad suscita una fe ciega.** "Nos reconforta la declaración de Donald Trump de que retirará a sus tropas de Siria. Tienen que irse. Queremos que todos los rincones de Siria vuelvan a estar en manos del pueblo sirio", declara el patriarca ortodoxo sirio, muy crítico con el ataque de la pasada semana concertado por Washington, París y Londres. "Los rusos y los iraníes no son fuerzas de ocupación. Están aquí porque hay un acuerdo con el gobierno legítimo de Siria, que les invitó a venir para luchar contra el terrorismo. Los americanos, los franceses o los británicos son ocupantes. Nadie les invitó", arguye cuando el ejército sirio prepara el asalto al campamento de refugiados de Yarmuk, en el sur de la capital y controlado por el autodenominado Estado Islámico.

"La gente que vino aquí a hacer la yihad estaba en contra de todo lo que representa Siria. Luchan en nombre de la religión, la libertad y la democracia. No nos creemos que ninguno de estos grandes valores tenga nada que ver con lo que ha sucedido aquí", despotrica Ignacio Aphrem desde la catedral ortodoxa siria. El repentino ardor guerrero, sin embargo, han diezmado a su parroquia. **Los jóvenes cristianos han huido.** El servicio militar obligatorio tiene duración ilimitada y hay quienes llevan seis años y medio de uniforme", murmura la monja Mona, testigo del ocaso de una de las comunidades cristianas más antiguas y de la violencia sectaria que ha arrasado templos y pueblos enteros.

Para su santidad, que **en junio de 2016 sobrevivió a un ataque suicida reivindicado por el IS** (Estado Islámico, por sus siglas en inglés), aún existe la esperanza de la reconciliación en medio de una guerra que se ha cobrado más de 350.000 vidas y provocado más de cinco millones de refugiados. "Nunca fue una guerra civil. Fue una contienda impuesta por terroristas y combatientes, muchos de ellos apoyados por Occidente. Hubo demandas legítimas de reformas políticas y nos gustaría que pudieran aplicarse", señala. "Es cierto que se ha derramado demasiada sangre. Llevará tiempo limpiar los corazones y curar las heridas, pero **es posible la reconciliación.** Si a los sirios nos dejan solos, podremos entendernos".